

ESPASA

Dirigido por Juan Gil

LA OCASIÓN
LA PINTAN
CALVA

300 HISTORIAS
DE DICHOS
Y EXPRESIONES



ESPASA

LA OCASIÓN
LA PINTAN
CALVA

ESPASA

Fernando de la Orden
Dirigido por Juan Gil

LA OCASIÓN
LA PINTAN
CALVA

300 HISTORIAS
DE DICHOS
Y EXPRESIONES



ESPASA

© Espasa Libros, S. L. U., 2016

© del prólogo y los dichos latinos: Juan Gil

Redacción y documentación: Fernando de la Orden Osuna

Documentación gráfica y de los ejemplos: Manuel Durán Blázquez

ISBN: 978-84-670-4867-4

Depósito legal: B. 15.781-2016

Preimpresión y maquetación: Safekat, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

Espasa Libros, S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Índice general

Prólogo	13
Nota editorial	27

COMO EL PERRO Y EL GATO	29
--------------------------------------	-----------

a matabalho – atar los perros con longanizas – buscar tres pies al gato – canto del cisne – cargar con el mochuelo – con la mosca detrás de la oreja – cuatro gatos – dar gato por liebre – edad del pavo – el chocolate del loro – estar hecho unos zorros – haber gato encerrado – hablar por boca de ganso – la gallina de los huevos de oro – la madre del cordero – lágrimas de cocodrilo – llevarse el gato al agua – matar el gusanillo – menos lobos – mezclar churras con merinas – no ser moco de pavo – oveja negra – pagar el pato – pensar en las musarañas – poner el cascabel al gato – por si las moscas – salir rana – verle las orejas al lobo

DE LO QUE SE COME SE CRÍA	59
----------------------------------------	-----------

a la vuelta lo venden tinto – arrimar el ascua a su sardina – con su pan se lo coma – confundir la velocidad con el tocino – cortar el bacalao – dar sopas con honda – dársela a alguien con queso – de higos a brevas – descubrirse el pastel – échale guindas al pavo – el que asó la manteca – entrar (o meterse) en harina – hacer el caldo gordo – hay más días que longanizas – los experimentos, con gaseosa – mala uva – miel sobre hojuelas – mucho ruido y pocas nueces – inaranjas de la China! – no comerse una rosca – pelar la pava – que le den morcilla – que si quieres arroz, Catalina – quedar en agua de borrajas – ser habas contadas – sopa boba

EL MUNDO ES UN PAÑUELO	87
a la luna de Valencia – armarse la de San Quintín – cabeza de turco – de la ceca a la meca – despedirse a la francesa – discusiones bizantinas – entre Pinto y Valdemoro – estar en babia – gota malaya – haber moros en la costa – hacer el indio – hacerse el sueco – noche toledana – poner una pica en Flandes – por los cerros de Úbeda – quien fue a Sevilla perdió su silla – salga el sol por Antequera – tirios y troyanos – tomar las de Villadiego – valer un potosí	
CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO	109
a santo de qué – acabar como el rosario de la aurora – adelante con los faroles – chivo expiatorio – como alma que lleva el diablo – comulgar con ruedas de molino – cosa del otro jueves – dar vela en este entierro – de Pascuas a Ramos – donde Cristo dio las tres voces – el séptimo cielo – estar en capilla – estar en misa y repicando – hacer la pascua – írsele a alguien el santo al cielo – la de Dios es Cristo – llamar a capítulo – llegar y besar el santo – no estar / encontrarse / andar muy católico – otro gallo le cantara – para más / mayor inri – perder el oremus – quedarse para vestir santos – sapos y culebras – ser un vivalavirgen	
¡VAYA TROPA!	135
a mí, plin – abrir la caja de Pandora – armarse la marimorena – baile de san Vito – como Pedro por su casa – espada de Damocles – Juan Lanás – la casa de tócame Roque – la purga de Benito – las cuentas del Gran Capitán – más feo que Picio – más moral que el Alcoyano – más tonto que Abundio – ni el Tato – nudo gordiano – pasar las de Caín – saber más que Lepe – si sale con barba(s), san Antón – talón de Aquiles – tener más cuento que Calleja – tiempos de Maricastaña – una y no más, santo Tomás	
EL OFICIO QUITA EL VICIO	159
a ojo de buen cubero – batirse el cobre – dar un cuarto al pregonero – decir las verdades del barquero – el cuento de la lechera – la fe del carbonero – pendón desorejado – piedra de toque – ser cocinero antes que fraile – sota, caballo y rey – tomar por el pito del sereno	

DE LA MODA, LO QUE TE ACOMODA	171
a buenas horas, mangas verdes – andar de capa caída – cambiar de chaqueta – como hecho un pincel – de gorra – de punta en blanco – de tiros largos – defender a capa y espada – hacer de su capa un sayo – meterse en camisa de once varas – no doler prendas – poner como chupa de dómine – ponerse las botas – tirar de la manta – tirar la toalla – zurrar la badana	
A MI MANERA	189
a brazo partido – a carta cabal – a la bartola – a la chita callando – a la pata la llana – a la virulé – a machamartillo – a palo seco – a pie(s) juntillas – a trancas y barrancas – a troche y moche – al pie de la letra – al (buen) tuntún	
CON LA MÚSICA (Y LA ESCENA) A OTRA PARTE	203
dar el do de pecho – el año de la polca – hacer luz de gas – hacer mutis por el foro – no dejar títere con cabeza – poner en solfa – sonar la flauta – templar gaitas – tener bemoles	
VIENTO EN POPA A TODA VELA	213
a todo trapo – cada palo que aguante su vela – cantos de sirena – cerrarse en banda – de pacotilla – patente de corso – quemar las naves	
LO QUE HAN DE COMER LOS GUSANOS... ..	221
con el pie derecho – con la boca pequeña – con un palmo de narices – darse con un canto en los dientes – de bigote(s) – de perilla(s) – la niña de mis ojos – meter en cintura – nacer de pie – pelillos a la mar – poner pies en polvorosa	
LOS TOROS, DESDE LA BARRERA	233
agarrar el toro por los cuernos – apretarse los machos – brindis al sol – hasta la bandera – ponerse el mundo por montera – saltarse algo a la torera	

¿CIENCIAS O LETRAS?	241
de tres al cuarto – erre que erre – gramática parda – hablar en plata – llámalo hache – mantenerse en sus trece – más chulo que un ocho – poner los puntos sobre las íes	
ARDOR GUERRERO	251
andar a la greña – caballo de batalla – carne de cañón – con cajas destempladas – dejar en la estacada – echar su cuarto a espadas – mandar a la porra – morder el polvo – oído al parche – puñalada trapera	
A LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN, CHITÓN	263
a beneficio de inventario – abogado del diablo – en la picota – en tela de juicio – estar a la cuarta pregunta – oler a cuerno quemado – poner la mano en el fuego por alguien o algo	
PODEROSO CABALLERO ES DON DINERO	271
a tocateja – aflojar la mosca – echar / tirar la casa por la ventana – el oro y el moro – en la inopia – fondo de reptiles – hacer el agosto – lo que vale un peine – sin blanca	
COMO EN BOTICA	281
alma de cántaro – bailar el agua – bajar los humos – beber los vientos – brillar por su ausencia – caer chuzos de punta – caérsele a alguien los palos del sombrero – dar el pego – de bóbilis, bóbilis – de buten – dorar la píldora – dormirse en los laureles – el parto de los montes – el quinto pino – en olor de multitud(es) – estar a la que salta – fiera corrupta – hacerle la cama a alguien – ir / andar de picos pardos – la ocasión la pintan calva – llamarse andana – no haber tutía – pegar la hebra – poner los cuernos – por arte de birlibirloque – salir del armario – ser la caraba – sin decir oxe ni moxte – tener la negra – tirar / echar los tejos – traer / llevar por la calle de la amargura – vérsese el plumero	

QUANDOQUE BONUS DORMITAT HOMERUS	315
<i>ab ovo – álea iacta est – amicus Plato – Arcades ambo – beatus ille – carpe diem – coram populo, coramvobis – deus ex máchina – ecce homo – et cétera – ex ungue leónem – festina lente – gaudeamus – hic Rhodus, hic salta – in púribus – ínter nos – ínter pócula – Minerva – moritúri te salútant – ne sutor ultra crépidam – nosce te ipsum – per áccidens – por fas o por nefas – pro domo sua – Quos ego – rara avis – réspice – rudis indigestaque moles – sesquipedalia uerba – sunt lácrimae rerum – suum cuique – tu quoque – urbi et orbi – Vade retro – Vae uictis – Vánitas uanitatúrum – velis nolis – vía crucis – víribus et armis – volavérunt</i>	
BIBLIOGRAFÍA BÁSICA	357
AUTORES Y TEXTOS CITADOS	359
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES	381
ÍNDICE ALFABÉTICO	385

Como el perro y el gato

a matabalho

Hacer algo *a matabalho* es hacerlo ‘precipitadamente, muy deprisa’. En este caso la expresión es transparente. Y más aún si se opta por la forma más tradicional, *a mata caballo*, también aceptada por la Real Academia y presente en su diccionario desde la quinta edición, de 1817, aunque usada al menos desde el siglo xvi, como se documenta, por ejemplo, en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. Y es que los caballos, pese a su fuerza y velocidad, son animales particularmente delicados, y no es infrecuente que mueran por sobreesfuerzo o agotamiento. Tal es su grado de nobleza.

La veneración que han despertado estos equinos en el ser humano desde época prehistórica es notoria. Así, el caballo (del latín *caballus*, ‘caballo de carga’; el nombre latino para el caballo de monta es *equus*) es el animal más representado en la iconografía del arte paleolítico. Su domesticación, sin embargo, no se produjo hasta mucho después, en torno a 3500 a. C. en las estepas de Asia central, más concretamente en Kazajistán. Fue precisamente este hecho el que permitió la rápida expansión de los pueblos indoeuropeos. El caballo se convirtió en poderosa arma de guerra. La imagen de Alejandro Magno, por

ejemplo, está asociada a la de Bucéfalo, probablemente el corcel más célebre de la historia, que fue homenajeado por su dueño dando su nombre a una ciudad: Alejandría Bucéfala. Aún más lejos llegó el emperador romano Calígula, quien, en su delirio, hizo nombrar a su caballo, Incitato, a quien construyó su propio palacio, miembro del colegio sacerdotal y cónsul.

La literatura ha ensalzado también la figura del noble bruto. Basta pensar, en suelo patrio, en Babieca, la montura del Cid Campeador, o, en sentido bien distinto, en Rocinante, el humilde penco de don Quijote. Este último, por cierto, nos acerca a la otra realidad del caballo. No hace falta ir muy lejos para atestiguarla: así, por ejemplo, son bien conocidas las cifras de los que fallecen cada año en la célebre romería del Rocío. Y eso que el camino no se recorre precisamente a matabalho.

FRANCISCO DELICADO

¿Quién son aquellos que me miraron? Para ellos es el mundo, iy lóbregos de aquellos que van a pie, que van sudando! Y las mulas van a **matabalho**, y sus mujeres llevan a las ancas!

La lozana andaluza, 1528.

FERNANDO CHUECA GOITIA

El auge de Madrid como capital de un Imperio —el más importante de la Tierra en su época— coincidió con el de la circulación rodada, y, por lo tanto, en la modesta villa carpetana, desarrollada luego a **matabalho** [...].

El semblante de Madrid, 1951.

atar los perros con longanizas

Atar a un perro con longanizas se interpreta como un signo de especial abundancia y esplendor. Y tal es el significado de la locución, que, no obstante, se usa casi siempre en sentido irónico, porque, aunque cualquier can estaría encantado con semejante idea, no deja de ser una ocurrencia que pondría en cuestión el buen juicio de su amo. La longaniza (del latín vulgar *lucanicia*, influido por la voz latina *longus*, 'largo') es un embutido de forma estrecha y alargada, elaborado con carne de cerdo picada y adobada. Al parecer, su antecedente se encuentra en Lucania —de ahí su nombre—, región del sur de Italia que se correspondería aproximadamente con la actual Basilicata.

Se ha situado el origen del dicho, que se recoge por vez primera en el diccionario académico en su quinta edición, de 1817, en Candelario, un bello

pueblo serrano de Salamanca con gran tradición charcutera. Según esta teoría, el responsable de la ocurrencia fue don Constantino Rico, a la sazón fabricante de embutidos, o uno de sus trabajadores, quien no hallando a mano nada mejor para amarrar a un perro que andaba merodeando por el taller, decidió emplear para ello una ristra de longanizas. La noticia, lógicamente, habría corrido después como la pólvora entre los vecinos de Candelario, que no podían sino ponderar la opulencia del tío Rico. La cosa, sin embargo, es harto difícil de creer y, dado que la anécdota se sitúa a principios del siglo XIX, las fechas no acaban de coincidir (la expresión se utiliza ya en la centuria anterior). No obstante, y aunque bien podríamos decir eso de «a otro perro con ese hueso», no seremos nosotros quienes hagamos de ello un caballo de batalla.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Ved aquí en qué paran las glorias y altezas de este mundo, y qué pendiente hubo de recorrer la tal señora, rodando hacia la profunda miseria, desde que **ataba los perros con longaniza**, por los años 59 y 60, hasta que la encontramos viviendo inconscientemente de limosna [...].

Misericordia, 1897.

JUAN J. GUIBELALDE (ENTREVISTA)

—¿En el mundo empresarial **se atan los perros con longaniza**?

—Lo fácil por desgracia no existe en el mundo de la empresa competitiva.

Cambio 16, 22/01/1990.

buscar tres pies al gato

En este negociado es inevitable buscarle tres pies al gato, es decir, enredarse en complicaciones aparentemente inútiles y a veces carentes de fundamento. De hecho, esta es una buena oportunidad para ello, porque lo de los tres pies del gato es un asunto controvertido. Y es que, puestos a buscar imposibles, ¿por qué no cinco pies? Cinco dice que eran Covarrubias en su *Tesoro* (1611), donde el modismo se define así: «Se dice de los que con sofisterías y embustes nos quieren hacer entender lo imposible; nació de que uno quiso probar que la cola del gato era pie». Vista desde este punto de vista, la cosa tendría algo más de sentido.

Cinco dice también Gonzalo Correas que eran en su *Vocabulario de refranes* (1627). Y la verdad es que a lo largo de

todo el siglo *xvi* se documenta muy mayoritariamente esta versión, de modo que es más que probable que se produjera una «corrupción», como señala José María Iribarren. Ahora bien, si esta tuvo lugar fue muy tempranamente, porque desde principios del *xvii* se emplea ya con normalidad la locución actual. Hasta el punto de que el propio Cervantes la recoge en el *Quijote*: «Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante y enderécese ese bacín que trae en la cabeza y no ande buscando tres pies al gato». Hay quien le ha atribuido a don Miguel la autoría del cambio del dicho, pero —aunque no negamos que pudiera tener su influencia— la realidad es que la versión de tres pies circulaba ya bastante antes.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

[...] ¡Los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, o él la tuviera para mandárnoslo! Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante y enderécese ese bacín que trae en la cabeza y no ande buscando **tres pies al gato**.

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, 1605.

JOSÉ LUIS MARTÍN VIGIL

—Estos curas de ahora se empeñan en **buscar tres pies al gato** —dijo don Cosme, de profesión «sus consejos», con un buen paquete de acciones en la empresa de Francisco.

Los curas comunistas, 1968.

canto del cisne

Como es sabido, el *canto del cisne* es la ‘última obra o actividad de alguien, especialmente si esta es valiosa’. Y ello se debe a un lugar común frecuentado por los poetas desde la Antigüedad, que situaron la escena del canto del cisne en los ríos de Asia Menor, el Meandro y el Caístro, es decir, en parajes más o menos exóticos. Sobre la cuestión es suficientemente elocuente Fernando de Herrera, el Divino, en sus *Comentarios a Garcilaso* (1580): «Que cante el cisne a su muerte se trata desde Esquilo entre poetas y pintores, y lo mismo piensan Platón, Aristóteles, Crisipo, Filóstrato, Tulio y Séneca». Y, en efecto, el canto melodioso del cisne en el momento postrero —tan opuesto a su ordinario y vulgar graznido— se convertirá en símbolo de inspiración poética y, a un tiempo, en imagen de la muerte.

Pero como bien señala el propio Herrera: «Plinio, y después de él Ateneo y la experiencia, tienen por fabuloso lo que se escribe del canto del cisne». El testimonio de Jerónimo de la Huerta en su *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo* resulta particularmente clarificador: «Turnero la comparó [la voz del cisne] al rebuzno del jumento, aunque dice ser más breve. Y esto sin duda es más cierto (como dice Luciano) que lo que fabularon mucho de su canto». De modo que esta es, desgraciadamente, la realidad, alejada de cualquier romanticismo; pero para el caso que nos ocupa poco importa, puesto que el tópico, verdadero o falso, dejó su huella no solo en la poesía, sino también en el lenguaje común, aunque la expresión se extendiera solo tardíamente (no parece documentarse antes del siglo XIX).



BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO

Que llores por mí no quiero,
aunque muerto tú me veas:
solo te pido que creas,
mi vida, que por ti muero.
Y este llanto lastimero,
señora, no te moleste;
que el **canto del cisne** es este,
dulce tierno y postrimero.

El críticón, c. 1835.

JUAN MARSÉ

[...] el Pijoaparte vio en esta espectacular huida del Sans el **canto del cisne** de una etapa de su vida que tal vez, efectivamente, había que dar por liquidada [...].

Últimas tardes con Teresa, 1962.

cargar con el mochuelo

El mochuelo es un ave rapaz nocturna semejante al búho, aunque de menor tamaño, muy común en España. Pero no es este el significado que toma el término aquí, donde viene a significar ‘asunto o trabajo difícil o enojoso del que nadie quiere encargarse’. A primera vista, se nos escapa la relación entre ambas acepciones. Pero la cosa viene de antiguo, porque en el *Diccionario de autoridades* (1734) se recoge ya la frase *tocar el mochuelo*, «con que se explica que uno lleva siempre lo peor en un repartimiento».

Según una tradición, dos estudiantes, un andaluz y un gallego, buscaron acomodo en una posada. Era ya tarde y la comida escaseaba. «Cuanto queda es una perdiz y un mochuelo», dijo el posadero. A lo que el andaluz contestó que sirviera lo que pudiera, que ya se

apañarían entre ellos. Pero mientras esperaban la comida se giró hacia su compañero y le espetó: «Por lo que se ve, solo tenemos dos posibilidades: o tú te comes el mochuelo y yo la perdiz, o yo doy cuenta de la perdiz y tú cargas con el mochuelo».

Y es que, desde siempre, el mochuelo ha sido un ave poco valorada y, además, de mal agüero («es de mala significación, según los adivinadores», dice Fray Vicente de Burgos [1494] haciéndose eco de san Isidoro) y «aborrecido de las otras aves» (según recoge Jerónimo G. de la Huerta en su traducción de Plinio). Con estos antecedentes, ¿quién querría quedarse con el mochuelo? Casi dan ganas de cambiar de locución y cargar con el muerto.

FRAY MARTÍN SARMIENTO

Al punto dije: «no mas visitas en esta casa; pues a la corta o a la larga yo habré de **cargar con el mochuelo**» [...].

El porque sí y porque no, 1772.

BENITO PÉREZ GALDÓS

—Para, hijo, para —dijo doña Lupe amoscándose—, que para esas convidadas no te va a bastar el sueldo de un año; y si piensas que yo **cargo con el mochuelo** de los gastos, te equivocas...

Fortunata y Jacinta, 1885-1887.

MAX AUB

Rogelio, consciente de su responsabilidad, desesperado. Desechó cualquier reconcomio acerca de la paternidad, prueba de que los tuvo, vencidos en aras de la verdad. Cuando el abultamiento se hizo patente, los dueños echaron a la fámula. El muchacho **cargó con el mochuelo**.

La calle de Valverde, 1961.

con la mosca detrás de la oreja

La expresión, cuyos primeros registros datan de mediados del siglo XIX —aunque entonces la mosca estaba en la oreja, no detrás—, no aparece recogida por la Real Academia hasta la decimotava edición de su diccionario, de 1956: «se aplica al que está receloso y prevenido para evitar alguna cosa». Por ediciones anteriores sabemos que la mosca no es solo un tipo de insecto, sino también la ‘desazón picante’. Y es que la presencia de este insecto, como la de otros de su clase, resulta casi siempre molesta. No extraña, por tanto, que genere desazón, inquietud o tensión. Y, si nos ronda la oreja, con doble motivo: permanecemos entonces alerta —como las caballerías—, prevenidos para ahuyentarla, como si sospecháramos que su impertinente zumbido puede tornar en cualquier momento (piénsese en un mosquito en una noche de verano).

No son pocos, sin embargo, quienes sostienen que la expresión alude a la mecha con que los soldados prendían arcabuces y mosquetes en tiempos de guerra, y que, entre disparo y disparo, dejaban preparada detrás de la oreja, ese socorrido soporte de útiles de trabajo en más de una profesión. La idea resulta atractiva, porque visualiza muy bien la idea de prevención y alerta, pero un dato parece avalar nuestra

primera propuesta: la existencia en otros idiomas de expresiones semejantes, aunque con actores o emplazamientos diferentes. Se trata, por ejemplo, del caso del francés, donde *avoir la puce à l'oreille* (‘con la pulga en la oreja’) tiene idéntico significado. ¿No es como para mosquearse?

EMILIA PARDO BAZÁN

—Lleva **la mosca en la oreja** —dijo Gonzalvo—. Va a seguir a su mujer... Realmente es raro... ¿A dónde habrán ido? Porque, a estas horas...

El niño de Guzmán, 1897.

RAMÓN MARÍA DEL VALLE INCLÁN

—Ese aviso ya me ha llegado y estoy **con la mosca en la oreja**, sin poder aburrir al mochuelo.

La corte de los milagros, 1927-1931.

MIGUEL DELIBES

Yo no sé por qué ni por qué no, pero la manera de ser de la tía no me gusta un pelo y ando ya **con la mosca en la oreja** con este asunto.

Diario de un emigrante, 1958.

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

—Es que yo sé lo que me digo. Don Gabriel ya está **con la mosca detrás de la oreja** y a mí no me agarra.

Dos días de septiembre, 1962.

CARLOS RUIZ ZAFÓN

—¿Y qué quiere que le diga? Ya hace tiempo que anda **con la mosca detrás de la oreja**.

—Dígale que va a por pipas o a por polvos para hacer un flan.

La sombra del viento, 2001.

cuatro gatos

El modismo se usa para expresar despectivamente ‘muy poca gente’, de modo que, por ejemplo, decimos que leyeron el libro *cuatro gatos* cuando lo hizo un número muy reducido de personas. La Real Academia lo registra tardíamente, ya que solo se incorpora a su diccionario en la decimoquinta edición, de 1925. Puede que por este motivo circule por ahí una versión que afirma —un tanto disparatadamente— que su origen está en el *hostal Els Quatre Gats* de Barcelona, en el que se reunían, siempre en pequeño número, algunas de las más importantes personalidades del modernismo catalán. Pero la realidad es que la expresión tiene larga tradición en español y la encontramos ya en la segunda mitad del siglo *xvi*.

El gato, que une a su condición doméstica un carácter enigmático, es uno de los animales más presentes en las frases proverbiales. Aquí, sin

embargo, su presencia es casi anecdótica, pues la clave significativa descansa en el número cuatro. ¿Cuatro son muchos o pocos? En nuestra lengua, donde la cifra se emplea frecuentemente para expresar con valor indeterminado escasa cantidad, pocos: por ello decimos que han caído cuatro gotas, que algo nos costó cuatro cuartos o cuatro reales, o que apenas cruzamos cuatro palabras. Y más aún si se trata de un animal pequeño como el gato, que ocupa poco espacio. No obstante, como afirma José Luis García Remiro, parece estar en la frontera de la abundancia. Y se ha empleado desde antiguo (se recoge ya en el *Diccionario de autoridades*, donde *cuatro*, por cierto, se escribe todavía con *q*) la locución *más de cuatro* en el sentido de ‘muchos o un número grande de personas’: «Más de cuatro quisieran verse en tu lugar», escribe Galdós en *El Grande Oriente*.

JUAN RODRÍGUEZ FREILE

[...] no faltaron murmuradores que dijieran que guerrilla de **cuatro gatos**, pero yo digo que hartó aquella guerra más sangre que toda la conquista del Nuevo Reino de Granada [...].

El Carnero o Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada, 1638.

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS

—Soficiente, creo. Acortaremos detallamientos. Ostí sabe: Mancilla era presidente, elegido por **cuatro gatos**. Abusos cometía a cada. Cinco soles para arreglo huellas pista calles, cinco soles para arreglo campo deporte estadio [...].

El zorro de arriba y el zorro de abajo, 1969.

dar gato por liebre

Hay pocos actos tan sociales como la comida. Y tan determinados culturalmente. Por ejemplo, son varios los pueblos que abominan del consumo de conejo. La razón es clara: este es considerado una mascota y la carne de las mascotas es tabú. En España —en la mayoría de los países occidentales— ocurre esto mismo con el gato. No obstante, hay constancia histórica de su consumo. Así, el maestro Robert, en su *Libro de guisados*, escrito en catalán en el último cuarto del siglo xv y traducido después al castellano (1525), incluye una receta muy particular: «Gato asado como se quiere comer». Todavía se consume gato, de hecho, en algunas áreas de Perú.

En todo caso, la locución, que se usa en el sentido de ‘engañar dando algo por otra cosa de peor calidad’, deja constancia de que este felino ha sido siempre más valorado como animal de compañía —o como cazador de ratones— que por sus virtudes gastronómicas. Se documenta muy tempranamente *vender gato por liebre* (a mediados del siglo xv), variante que recoge también Covarrubias, quien, por si acaso, aclara que esto de la liebre y el gato no era una mistificación única en la época: «engañar en la mercadería: tomado de los venteros, de los cuales se sospecha que lo hacen a necesidad, y echan un asno en adobo y lo venden por ternera». Aunque, si atendemos a Quevedo, habrá que convenir que la costumbre debía de estar bastante extendida: «Pastel hubo que aruñó / al que le estaba mascando; / y carne que oyendo “¡Zape!” / saltó cubierta de caldo».

BALTASAR DEL ALCÁZAR

Tus cabellos, estimados
Por oro contra razón,
Ya se sabe, Inés, que son
De plata sobredorados.
Pues ¿querrás que se celebre
Por verdad lo que no es?
Dar plata por oro, Inés,
Es vender **gato por liebre**.

Poesías, c. 1550-1606.

FERNÁN CABALLERO (CECILIA BÖHL DE FABER)

—¿Es posible, Rita —dijo el duque—, que hayáis rehusado veinte mil libras de renta?
—No he rehusado la renta —contestó la joven con soltura, sin dejar de mirar el juego—, lo que he rehusado ha sido al que la posee.
—Ha hecho bien —dijo el general—. Cada cual debe casarse en su país. Este es el modo de no exponerse a **tomar gato por liebre**.
—Bien hecho —añadió la marquesa—. ¡Un protestante! ¡Dios nos libre!

La gaviota, 1849.

RÓMULO GALLEGOS

Una tarde, paseando en su macho por los alrededores de la población, se encontró de camino con un forastero mal trajeado y cara de pícaro hipócrita, pero de las que a él ya no le metían **gato por liebre**.

Camaina, 1935.

BEGOÑA AMEZTOY

Y esta confusión masculina crece y va en aumento, sobre todo, ahora que la cirugía plástica ha homologado considerablemente, no solo el nivel de exigencia y perfección estética, sino la virtualidad de **dar gato por liebre**, pues nunca como hasta hoy lo auténtico se ha cotejado con lo falso, y lo natural con lo siliconado, para «salvación» de la mujer y «perdición» de los hombres.

Escuela de mujeres, 2001.

edad del pavo

Cualquiera que haya tenido que enfrentarse a un hijo en la edad del pavo —la edad de entrada en la adolescencia— estará de acuerdo en que no es tarea fácil. De manera que, al menos, démonos el pequeño gusto de saber de dónde procede el modismo. Porque lo del pavo (el término deriva del latín tardío *pavus*, ‘pavo real’: el pavo o guajolote, originario de América —como «gallo de las Indias» lo define Covarrubias—, era desconocido para los romanos) no resulta demasiado clarificador. La expresión no se recoge en el diccionario académico hasta su decimonovena edición, de 1970. Pero en este caso la docta casa se tomó su tiempo, porque el uso está atestiguado ya en el último cuarto de siglo XIX.

Si buceamos un poco en el diccionario, comprobaremos que una de las acepciones de *pavo* es ‘persona sosa o poco desenvuelta’. De hecho, de aquellos con escasa gracia decimos que son *pavisosos*. Y así pueden ser percibidos los jóvenes que se hallan en la primera adolescencia, arquetípicamente desgarbados, inseguros y poco estables emocionalmente. Además, *pavo* —aunque aquí quepa la duda de si fue antes el huevo o la gallina— se emplea

en el sentido de ‘timidez o tontuna’. La idea está bien reflejada en este fragmento de *Los trabajos del infatigable creador Pio Cid*, de Ángel Ganivet: «Fueron al baile con ánimo de divertirse cuanto pudieran, excepto Martina, a quien a última hora le entró el pavo, como decía su mamá, disgustada por tener que estar al lado de la niña, que ni quería bailar ni que la dejaran sola».

Por añadidura, existe una locución como *subírsele (a alguien) el pavo*, que se define como ‘ruborizarse’. El vínculo con el animal resulta en este caso evidente, puesto que el pavo se caracteriza por el color rojo intenso de las carnosidades que cuelgan de su cabeza. Ahora bien, ¿tienen alguna relación entre sí las dos expresiones? Es muy probable que sí, porque ruborizarse resulta frecuente entre los adolescentes. Y se emplea *estar con el pavo subido* para hacer referencia a los comportamientos propios de este periodo de la vida. En definitiva, que los adolescentes, de una u otra manera, recuerdan, por sus actitudes o reacciones físicas y conductuales, al pavo. Y, en algunos momentos, también al pavón o pavo real.

JUAN VALERA

Ahora —dijo D. Diego—, baila el chico peor que el año pasado, porque está en la **edad del pavo**: edad insufrible, entre la palmeta y el barbero.

El comendador Mendoza, 1877.

E. ORÚE Y S. GUTIÉRREZ

[...] había niñas que te escribían que estaban enamoradas de Figo, que lo querían conocer... Es normal, están en la **edad del pavo**.

Locas por el fútbol. De las gradas al vestuario, 2001.

el chocolate del loro

La frase, que se emplea para expresar la insignificancia de una cantidad en relación con el ahorro o el gasto que se pretende hacer, se emplea desde época más o menos reciente, pues no encontramos textos anteriores a la década de los setenta del siglo XIX. De hecho, la Real Academia lo incorpora a su diccionario en 1956, en su decimoctava edición.

Ahora bien, ¿chocolate para el loro? Pues sí: al parecer era esta una costumbre extendida. Al menos así se atestigua en *Un capricho de veinte ingenios* (1953), de Agustín Gaspar: «cuánto más bello es oír trinar el ruiseñor entre el espeso follaje de las selvas, y el arrullo de la inocente tortolita, que sufrir el continuo graznido de este sucio loro que todo el día está comiendo chocolate y garbanzos», o en *Doña Perfecta* (1876), de Galdós: «Luego cogió con su propia venerable mano algunos garbanzos del cercano cazuelillo y se los dio a comer [al loro]. El animal empezó a llamar a la criada pidiéndole chocolate y sus palabras distrajeran a las dos damas y al caballero», o en los *Cuentos del General* (1896), de Vicente Riva Palacio: «El loro recorría la percha de arriba abajo [...] y se colgaba de las patas, cabeza abajo, para recibir la sopa de pan con chocolate que con paternal cariño le llevaba D. Lucas».

Esto, claro, debía de ser solo habitual entre las familias de cierto poderío, pero justifica el origen de la expresión. La realidad es que no se sabe exactamente de dónde procede esta. Se relaciona con una dama de alta alcurnia algo venida a menos, que no habría tenido mejor idea para hacer economías que prescindir del chocolate del loro. O con un indiano, uno de esos emigrantes que regresaron a España enriquecidos tras hacer las Américas. Lo mismo da, porque con independencia de su veracidad —suenan más bien a chiste— estas historias explican muy bien el significado del dicho.

JAIIME CAMPBANY

¿Cómo vamos a comparar la grande y próspera España con la pérfida y emprobecida Albión? No me sean avaros, ciudadanos. Esos dieciséis mil millones de pesetas, a la postre, son **el chocolate del loro**. Y, claro, ellos están al loro.

«Escenas políticas», *ABC*, 19/04/1986.

JUAN PEDRO APARICIO

¿Qué censuran pues? ¿El dinero? ¿Los cuarenta y cinco millones de pesetas que ha costado el viaje? Eso es **el chocolate del loro**. ¡No! Censuran lo que nos censuramos todos, lo que no nos perdonaremos jamás: no haberle podido entregar la medalla de hijo predilecto de la ciudad a Chacho.

Retratos del ambigú, 1989.

estar hecho unos zorros

Con el paso de los años uno empieza a estar maltrecho, deteriorado, en mal estado; es decir, hecho unos zorros. La construcción, que se aplica tanto a personas como a cosas, tiene alguna tradición, pues —aunque hubiera que esperar hasta 1992 para que fuera registrada en el diccionario académico— existe documentación de principios del siglo xx. Hoy hemos perdido la referencia de la palabra clave, pero su origen, que alguna relación tiene con las raposas, es bastante evidente. Los zorros eran la «cola o colas de zorra» usados «para sacudir el polvo y limpiar los cuadros, las sillas, etc.». El texto entrecomillado procede del *Diccionario de autoridades*

(1739), donde se recoge ya la acepción. Pero, en definitiva, se empleaban los zorros —que después evolucionaron y fueron incorporando nuevos materiales— a modo de plumero o trapo: «En un rincón del cuarto había dejado Petra olvidados los zorros con que limpiaba algunos muebles que necesitaban tales disciplinas», puede leerse en *La Regenta* (1884), de Clarín. Y si ya nuevos debían tener un aspecto no demasiado estiloso, imaginemos después de unos cuantos usos. Vamos, que se entiende lo de los zorros y el modismo. Y hablamos de modismo, no de moda, aunque haya también quien guste de lucirlos en el cuello.

RAMÓN J. SENDER

Pues aquí ya han sacao por cuarta vez de la tierra a un pobre moro, y si haces la descubierta esta madrugá lo verás a un lao de la carretera **hecho unos zorros**.

Imán, 1930.

JUAN GARCÍA HORTELANO

José María me obligó a regresar desde la puerta, para preguntar si me interrumpía. —No. Además, estoy **hecho unos zorros** y no puedo dar golpe.

El gran momento de Mary Tribune, 1972.

BEGOÑA AMEZTOY

Páginas y páginas soltando el mismo rollo. Que si ellos son unos cerdos que me dejan el baño **hecho unos zorros**. Que si ellas tienen derecho a ser multiorgásmicas, a mucha honra y usted que lo vea.

Escuela de mujeres, 2001.

haber gato encerrado

Cuando detrás de algo existen manejos ocultos o percibimos una causa o razón secreta, no cabe duda: hay gato encerrado. Con este mismo sentido se utilizaba ya hacia mediados del siglo XVIII esta expresión, que quedó recogida por vez primera en la edición de 1884 del diccionario de la Real Academia. ¿Y qué tiene que ver en todo esto el animal doméstico? Pues la verdad es que poca cosa. Aunque pueda resultar tentador iniciar la explicación elucubrando acerca del carácter de este enigmático felino y de su proceder cauteloso, nos vemos obligados a tomar otra derrota. El diccionario recoge todavía una acepción del sustantivo —registrada ya por Covarrubias a comienzos de siglo XVII— que remite a una suerte de bolsón amplio, a modo de talego, fabricado inicialmente con el pellejo del gato y utilizado para guardar el dinero en su interior. Así la cosa cambia, naturalmente, porque a partir de aquí se intuye la posibilidad de entender el «gato encerrado» no en sentido literal, sino como ‘talego o zurrón escondido’, pues a buen recaudo conviene siempre tener los dineros, y si el gato estaba oculto, dentro estaba el

parné. La expresión debió de tener su origen en el lenguaje de germanías, el propio de los pícaros y ladrones de la época. Y la existencia de diversos derivados viene a corroborar esta teoría, pero el tiempo hizo caer la referencia original en el olvido y ha ido borrando toda huella; solo queda el modismo, indescifrable, más allá de su significado, para los hablantes actuales.

MARIANO JOSÉ DE LARRA

D. Lino.— No sé; sin embargo, su conducta no me parece muy clara. [...] Hoy es... Van a dar las once, el día de la boda... pues aún no ha aparecido.

D. Carlos.— (Aparte). Vaya, el suegro tiene razón, aquí **hay gato encerrado** y aún no pierdo la esperanza.

Los inseparables, primer apunte de *Scribe*, 1835.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

«Tigre Juan se inclina ante Carmina —pensaba doña Iluminada— como ante el ojo de una cerradura; para ver a través de él algo que los demás no vemos. Hay **gato encerrado**».

Tigre Juan, 1926.

JAVIER TOMELO

Si quieren que les diga lo que pienso, todo esto empieza a parecerme sospechoso. Aquí hay **gato encerrado**.

La mirada de la muñeca hinchable, 2003.

hablar por boca de ganso

La locución se documenta desde antiguo. La emplea ya Quevedo en los albores del siglo XVII y se recoge en el *Diccionario de autoridades* (1726): «Es hablar lo que otro le sugiere para que lo diga, apuntándose o enseñándose a este fin en secreto, o antes, para que esté prevenido cuando llegue el caso de hablar». Cuando alguien habla por boca de ganso, por tanto, lo hace siguiendo las sugerencias de otra persona. ¿Pero qué tiene de particular la boca —el pico, más bien— de ganso?

Covarrubias señala que se llamaba también *gansos* «a los pedagogos que crían algunos niños, porque cuando los sacan de casa para las escuelas, u otra parte, los llevan delante de sí, como hace el ganso a sus pollos». Basándose en ello, Iribarren sugiere la posibilidad de que el modismo haga referencia a los chicos o jóvenes que hablan por boca de su ayo o preceptor, conformándose con su opinión y criterio, o repitiéndolos mecánicamente. De hecho, una de las acepciones de *pedagogo* incluidas en el diccionario académico dice así:

«Persona que anda siempre con otra, y la lleva a donde quiere o le dice lo que ha de hacer». «Y lo que ha de decir», añadiríamos nosotros.

Así que la cosa tiene sentido. Aunque hay otras teorías, claro, como la de Julio Cejador, que, ciñéndose más a la literalidad animal del refrán, señala que los gansos, «cantando uno, cantan todos, y tal es el vulgo, que repite sin reparar en lo que oye y dice». Este defecto, por cierto, sería siempre considerado virtud por los romanos,

BALTASAR GRACIÁN

No os admiréis quando viéredes los reyes rodeados de locos y de inocentes, que no lo hazen sin misterio. No es por divertirle, sino por advertirle, que ya la verdad se oye **por boca de ganso**.

El Criticón, tercera parte. *En el invierno de la vejez*, 1657.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

Yo no puedo hablar mucho; pero **hablo siempre por boca de ganso**; siempre digo cosas que para otro deben ser de mucha miga, y de las cuales me quedo en ayunas.

Doña Urraca de Castilla, 1849.

SILVINA BULLRICH

En cualquier ministerio estaría bien, es un hombre excepcional... No lo conozco personalmente, pero todo el mundo sabe que es excepcional. No, no hablo **por boca de ganso**, tampoco conocí a Mahoma y sé que fue excepcional, ni conozco a Khrushchev...

Los burgueses, 1964.

porque los graznidos de los gansos sagrados que habitaban en el templo de Juno dieron la señal de alarma cuando los galos, en el 387 a. C., intentaban asaltar el Capitolio tras saquear la ciudad. Pero la realidad es que el ganso canta mal, muy mal, y es por ello símbolo del mal poeta (al contrario que el cisne, que lo es del bueno, pese a que no cante mucho mejor [→ CANTO DEL CISNE]).

la gallina de los huevos de oro

La gallina de los huevos de oro no es ave ni vuela, como dice una conocida adivinanza, sino ‘aquello de lo que se obtiene un gran beneficio o ganancia’. La expresión, que se documenta a mediados del siglo XIX, se incorporó al diccionario académico en la edición de 1925, la decimoquinta. En honor a la verdad el citado repertorio de la Real Academia se hace eco de «matar la gallina de los huevos de oro», aunque el grupo nominal se empleaba ya en otros contextos. En todo caso —pese a que en esta ocasión no resulte necesario— no deja de ser una pista. Porque la frase, como otras semejantes, tiene su génesis en una fábula popularizada por Félix María de Samaniego en la segunda mitad del siglo XVIII. El escritor alavés se inspiró en la versión de Babrio, que adaptó el tema de la fábula de Esopo convirtiendo la oca original en una gallina. La cosa comienza así: «Érase una gallina que ponía / un huevo de oro

al dueño cada día». Pero es conocido que la codicia hace estragos, de modo que el amo del ave, decidido a enriquecerse de una vez por todas, determinó sacrificarla para extraer el oro de sus entrañas. Y quedó chasqueado, como es natural. Como toda fábula tiene su moraleja: la avaricia rompe el saco. Pero mejor lo cuenta Samaniego: «¡Cuántos hay que teniendo lo bastante, / enriquecerse quieren al instante, / abrazando proyectos a veces de tan rápidos efectos, / que solo en pocos meses, / cuando se contemplaban ya marqueses, / contando sus millones, / se vieron en la calle sin calzones!». La realidad es que hoy es difícil verlos sin calzones —para algo existen jardines del edén donde si hay parné se hace la vista gorda hasta del pecado original—, pero sí los vemos cambiar el traje de chaqueta por el pijama de rayas, aunque solo sea por unos días.

LEOPOLDO ALAS, «CLARÍN»

El que descansa en este momento, porque acaba de repartir las cartas, y juegan cuatro, es **la gallina de los huevos de oro** del Procurador y de don Basilio.

La Regenta, 1884-1885.

ÁNGEL PALOMINO

—He visto la factura un poco por encima. Creo que no hay errores pero lo encuentro todo carísimo. No sé dónde van ustedes a parar. Están matando **la gallina de los huevos de oro**.

Torremolinos, Gran Hotel, 1978.

la madre del cordero

«¡Esa es la madre del cordero!», se dice a menudo cuando creemos haber encontrado la clave de algo, su razón de ser. Madre solo hay una, ya lo sabemos. Pero ¿y corderos? Pues también, porque el cordero de Dios es Jesucristo, la víctima ofrecida en sacrificio por los pecados del hombre, a semejanza del cordero sacrificado por los judíos durante la conmemoración de la Pascua. Y debemos su existencia —hubiera o no hubiera ayuntamiento carnal con José, lo mismo tiene— a su madre, a María. En ella, en la Madre del Cordero, descansa nada menos que la misión redentora de Jesús, el cristianismo, en definitiva. La expresión, que se documenta ya a mediados del siglo XVIII y se recoge en la quinta edición del diccionario académico, de 1817, podría explicarse de distinta forma, claro. Hay quien remite a los pastores y los rebaños, a juegos populares... Cada cual arrima el ascua a su sardina. Y funciona igual si pensamos en una simple oveja y un borrego, porque detrás del hijo está siempre la madre (una de las acepciones figuradas de este término es precisamente ‘causa, raíz u origen de donde proviene algo’). Pero la verdad es que se interpreta mejor desde la perspectiva religiosa. Especialmente porque la imagen de la Madre del Cordero, del Agnus Dei, está muy presente en nuestra tradición:

«vio la Paloma, Madre del Cordero, en el sepulcro su hijo prisionero», escribe, por ejemplo, Quevedo.

FRAY ÍÑIGO DE MENDOZA

Quel pecado original nos tiene tan corrompidos que jamás hombre mortal de la culpa venial fue librado en los nacidos, aunque por ser verdadero una sola en este mundo fue **la madre del cordero**, ajena de lo primero y lo segundo.

Cancionero, c. 1507.

JOSÉ FRANCISCO DE ISLA

Mas no es esta **la madre del cordero**. Con el sobrescrito del método, su verdadero intento es desterrar del mundo la teología escolástica, como él mismo confiesa sin rebozo [...].

Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas alias Zotes, 1758.

MIGUEL DELIBES CASTRO

Dicho más claramente, si los humanos nos apropiamos de mucha de esa producción primaria, quedará muy poca para fabricar leones, por ejemplo. ¿Estará ahí **la madre del cordero**?

Vida. La naturaleza en peligro, 2001.

lágrimas de cocodrilo

Las lágrimas de cocodrilo son aquellas que resultan fingidas, que no se corresponden con un sentimiento real. El cocodrilo no es un animal vinculado a la geografía española, por lo que podría pensarse que estamos ante una expresión relativamente reciente. Y sin embargo se documenta desde finales del siglo XVI y se incluye en la cuarta edición del diccionario académico, de 1803. En realidad, se trata de una tradición procedente de la antigüedad. Ya resulta curiosa la historia del nombre del reptil. Covarrubias señala que «el vocablo está corrompido de crocodilo». Y así es, el término etimológico —sobre el que hay abundante documentación hasta mediados del siglo XVII— fue el que acabó olvidándose: la voz latina original era *crocodilus*, tomada a su vez del griego *krokódeilos*, de *króke*, ‘canto rodado, guijarro’, y *drilos*, ‘gusano, lombriz’; literalmente, por tanto, ‘gusano de los cantos’.

El origen de la expresión lo deja ya claro Plinio el Viejo en su *Historia natural*, parcialmente traducida por Jerónimo de Huerta (1599): «También dicen de estos [de los cocodrilos], que en viendo al hombre desde lejos, lloran derramando lágrimas, y en acercándose le despedazan». Y sobre ello ahonda el propio Covarrubias: «tiene un fingido llanto con que engaña a los pasajeros, que piensan ser persona humana afligida y puesta en necesidad, y cuando ve que llegan cerca del los acomete y mata en la tierra». Lo de los sollozos simulados no está tan claro —parece más bien una invención legendaria—, pero las lágrimas de cocodrilo existen, aunque no están originadas por el dolor, la pena o el remordimiento. Tienen como función lubricar el ojo del animal fuera del agua y reducir el crecimiento bacteriano, y son especialmente perceptibles cuando está comiendo.

MATEO ALEMÁN

Porque la gracia de esta bula solo la concedió el uso a los hermanos mayores de la cofradía de ricos y poderosos, a los privados, a los hinchados, a los arrogantes, a los aduladores, a los que tienen **lágrimas de cocodrilo** [...].

Guzmán de Alfarache. Primera parte, 1599.

CARMEN GURRUCHAGA / ISABEL SAN SEBASTIÁN

Pues el día que un tío del PSOE o PP, PNV va al funeral de un *txakurra* y se llena la boca de palabras de condena y **lágrimas de cocodrilo**, no ve en peligro su situación personal y asume ese tipo de *ekintza* pues están hechos una piña.

El árbol y las nueces, 2000.

Llevarse el gato al agua

Es sabido que el gato no es demasiado amigo del H₂O, así que lo de llevarlo allí no es tarea fácil; aunque sí muy reconfortante si se logra, pues quien se lleva el gato al agua es quien consigue algo pretendido por varios. La expresión se documenta al menos desde mediados del siglo XVI (una centuria antes se recoge en *Seniloquim* [c. 1450] el dicho «El que menos puede, lleve el gato al agua»). Y Covarrubias explica así la frase «Veamos quien se lleva el gato a agua»; esto es, ‘quien se sale con la suya’: «Antiguamente debieron usar cierto juego en la ribera del río con un gato, y ganaba quien lo metía dentro de él; pero como se defiende con uñas y dientes era dificultoso y peligroso».

La verdad es que el ilustre toledano solo sugiere, no afirma. Y hace bien, porque va algo desencaminado. Es Rodrigo Caro quien nos da la clave en *Días geniales o lúdricos* (1626): «Ese es juego muy usado, aunque yo no lo he visto jugar poniendo palo en medio horadado, sino en su lugar una tirante o

viga de las casas donde se suele hacer; y el que tira más [de la sogá o cuerda a cuyos extremos están atados los chiquillos] da con el otro en la viga, con mucha risa de los que miran. Otras veces lo hacen sin echar la sogá por la tirante o viga, sino en el suelo, cerca de algún charco o lodo; y porque el que más puede lleva al otro yendo a gatas para echarlo en el agua, le llaman “llevar el gato al agua”». Así que llevarse el gato al agua es en realidad —y usamos aquí la expresión en sentido literal, no figurado, ¡ojalá fuera tan fácil!— un juego de niños. Aunque eso sí, un juego serio, con larga historia, pues era ya practicado por griegos y romanos, como señala también Rodrigo Caro: «Llamáronle los griegos *scaperda*; los latinos, *funis contentiosus*; los españoles le llamamos: “llevar el gato al agua”, que aun viene a ser proverbio del que vence a otro en contienda». Y no deja de ser una variante del juego de la sogá o tira y afloja (nos gusta más en euskera: *soka-tira*, pues), que llegó a formar parte del programa de los primeros Juegos Olímpicos.

FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR

Pues al peligro os fuistes, no es razón que ya que salí del, seáis vos mi Capitán, [...] y si por fuerza queréis selo, aquí estamos para ver quién **llevará el gato al agua** [...].

Crónica de la Nueva España, 1560.

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

—Y el que **se lleva el gato al agua** es el que no pierde ni el paso. Si es que no hay otro remedio: aprovechar lo que caiga, un ojo aquí y otro allí —se bajaba un párpado—, ¿tengo razón o no?

Dos días de setiembre, 1962.

matar el gusanillo

A veces sentimos la necesidad imperiosa de ingerir algún alimento para matar el gusanillo; es decir, para ‘apaciguar el hambre’. Tal es el sentido en que se emplea hoy de forma generalizada la expresión, que sin embargo aparece por vez primera en la decimocuarta edición del diccionario académico, de 1914, con el significado de ‘beber aguardiente en ayunas’ (lo que se denominaba también *tomar la mañana*).

La idea de la existencia de un gusanillo especialmente revoltoso en ayunas que hacía del hombre un ser venenoso es antigua. Y Pasteur llegó a demostrar su existencia «científicamente», al inocular la saliva de un muchacho a un conejo con resultado fatal para el roedor: «Según Pasteur, se debe este resultado [la muerte del conejo] a la presencia en la saliva de los párvulos de un parásito, que introducido en la circulación de algunos animales produce accidentes mortales. Dicho parásito está igualmente en la saliva del hombre, pero desaparece de la boca tan pronto como cesa el ayuno», podía leerse en 1881 en *La Ilustración Española y Americana*.

El artículo continuaba así: «Al leer la interesante conferencia de M. Pasteur, recordaba yo la frase popular que sirve de pretexto a los que en nuestra tierra rinden culto al Baco de Chinchón». Y, en efecto, con tal motivo —acabar con el gusanillo— se justificaba popularmente esa costumbre tan hispánica del aguardiente en ayunas. Sin embargo, existe documentación bastante anterior

que atestigua que lo de matar el bicho (*matar o bicho* dicen los portugueses) podía hacerse también mediante la ingesta de alimento, pese a que el diccionario académico no recoja la acepción hasta hace, como quien dice, dos días (1992): «En ayunas salimos de casa y quisiéramos almorzar, y pues ha llegado a tan buen tiempo, gué adonde se pueda matar el gusanillo, que por parecernos tarde aún no tomamos chocolate» (*Día y noche de Madrid* [1663], de Francisco Santos). Así que el supuesto gusanillo no parece ser otra cosa que el hambre matutina, que roe el estómago del famélico igual que el gusano de la conciencia roe insidiosamente las almas de los arrepentidos. Claro que lo primero es lo primero. Y cuando el hambre aprieta...

JULIÁN ZUGASTI Y SÁENZ

El sereno tomó su correspondiente copa de aguardiente para **matar el gusanillo**, como él decía, mientras que el inglés pidió una taza de café y un rosco [...].

El bandolerismo. Estudio social y memorias históricas, 1876-1880.

JAVIER TOMELO

Acabo la sopa —lo hago, como siempre, con largos y sonoros sorbos— y luego, para acabar de **matar el gusanillo**, le pido un par de huevos fritos con jamón.

La mirada de la muñeca hinchable, 2003.

menos lobos

«¡Menos lobos!», decimos para expresar que pensamos que lo que se nos cuenta es una baladronada. Y es que el exceso y la exageración son costumbres patrias bien arraigadas. En ellas descansa el siguiente chistecillo, que encontramos en un ejemplar de 1929 de la revista satírica *Gutiérrez*: «Mañana, festividad de Santa Lucía, no celebra su santo la Marquesa de Menos Lobos, nacida Encarnación Potes y Gallego». El modismo, por lo que se ve, tiene cierta tradición en nuestra lengua, aunque no parece existir documentación muy anterior. La Real Academia, por su parte, lo incorporó a su diccionario hace relativamente poco, en la vigesimoprimer edición, de 1992.

Su origen remite intuitivamente a los cuentos infantiles. De hecho, se emplea en ocasiones un remate inequívoco: «menos lobos, Caperucita». Pero no es Caperucita Roja la fuente de la frase ni tampoco Pedro —el pastor guasón que gustaba de dar falsas voces de alerta—, sino el protagonista de otra narración popular, el Tío Pinto. Este humilde campesino andaluz se jactaba en una venta de haber visto más de cien lobos en una sola mañana. «No exageres, Tío

Pinto», le afeaban los parroquianos entre bromas. Y la cifra se fue reduciendo, reduciendo... hasta llegar a un solo lobo: «La verdad es que no lo vi bien —acabó reconociendo el Tío Pinto—. Solo el rabo. Y bien pudiera ser de raposa».

ANTONIO DE VALBUENA

—Lo menos media fanega de pan habéis dejado ir con la paja —dijo el tío Blas sin parar de tirar bieldadas al alto.

—¡Quiá!... **Menos lobos**, tío Blas —dijo Martín.

—**Menos lobos** sí, pero más trigo, porque lo menos tiene una fanega —replicó [...].

Rebojos. Zurrón de cuentos humorísticos, 1901.

JUAN BONILLA

[...] en ese océano de tinta arrojado a las estanterías por quienes sí cobran 300 000 pesetas por su novela ya pueden darse con un canto en los dientes. O sea, que **menos lobos**.

«Menos lobos», *El Mundo*, 05/10/1996.

mezclar churras con merinas

Esta frase alerta sobre la inconveniencia de mezclar cosas de naturaleza diferente. Y tiene su razón de ser, porque churras y merinas son ovejas muy distintas. De hecho, es difícil confundirlas: la merina es, pese a su etimología (el nombre proviene del latín *maiorinus*, ‘de mayor tamaño o extensión’), algo más pequeña, tiene el hocico grueso y ancho, y la cabeza y las extremidades cubiertas, como todo el cuerpo, de lana muy fina, corta y rizada; la churra (voz de origen prerromano, emparentada con la portuguesa *surro*, ‘sucio, suciedad’), por el contrario, carece de lana en la cabeza y las patas, y la que cubre su cuerpo es más larga y basta que la de la merina.

También su explotación es muy diferente. Mientras las merinas son más delicadas y se dedican a la producción de lana, las churras son resistentes y sobre todo interesantes por su carne y su leche. Y aunque la fama sea sobre todo de las merinas, que en tiempos de la Mesta proporcionaron pingües beneficios a los ganaderos castellanos, cualquiera que haya probado un buen lechazo en tierras de Castilla, de donde son originarias, convendrá en que las churras tienen también sus virtudes. Cada una en lo suyo roza la excelencia. Así que mejor no mezclarlas, porque la mixtura solo puede empeorar la calidad de la lana, en el caso de las merinas, o de la carne, en el de las churras.

MANUEL MARTÍNEZ MEDIERO

Nosotros no podemos hacer distingos, Felipe. Tenemos una corte que vaya con Dios... Aquí se han juntado **las churras con las merinas**... Qué país es este que todo el mundo habla de todo menos de lo que importa...

Juana del amor hermoso, 1982.

DOMINGO YNDURÁIN

[...] afirmar que no se pueden sumar peras con manzanas ni **mezclar churras con merinas** es una decisión de quien suma o de quien mezcla, tan caprichosa como cualquier otra [...].

Del clasicismo al 98, 2000.